

1

*N*o esperaba nada especial de la tarde. Tan sólo quería desconectar de esa jodida rutina que me asedia y que me ahoga, evadirme de esa condena que no es capaz de ajustiarme.

Unas horas en la playa me parecía perfecto. Cogí el coche. Un moño hecho con pocas ganas, el pareo turquesa y ese bikini de rayas azules verdosas que a mi madre le gusta nada hicieron que lo que al principio era pereza se convirtiera en deseo. Decidí no poner el aire. Bajé las ventanillas, pulsé el *on* de la radio y esperé a estar en el mar. Es una suerte conseguir ese diván en escasos treinta minutos. La música del dial parecía una amiga aliada, aunque reconozco que yo era facilona, tarareando las canciones como una colegiala. Fue por eso tal vez por lo que al bajar del coche me pareció haber dejado al menos cinco años en el sudor del asiento. No siempre me sentía tan segura en el tubeo de mi vida.

A las siete de la tarde la playa está más apetecible. La huida de las pelotas, sus dueños y sus madres, permiten ya a esas horas respirar el mar oliendo su perfume de sal, como si te diera todo lo que ha estado guardando sólo para ti. Miré el horizonte antes de tumbarme. La inmensidad del océano se ofrecía sin sucedáneos. Solté las cosas sobre la arena, cerré los ojos y me dejé llevar por el ruido de las olas.

Creo que llegamos a respirar al unísono, una ola que se rompe y un suspiro en mi pecho, una y uno, sin tapujos ni intermedios, frente a frente. Cada vez que respiraba más unida me sentía al mar, balanceándome sutilmente a su son. Estaba totalmente entregada, abandonándome ya para ser agua.

Un balón golpeando mis piernas me devolvió a la realidad. Acepté las disculpas del chaval que siguió corriendo tras la pelota y me tumbé a leer. Reinicié el libro unas diez páginas antes de la marca porque tenía la sensación que la última vez no presté atención a lo que leía. En esa ocasión no parecía distinto. No habían pasado veinte minutos cuando ya lo había cerrado. Me apoyé sobre los codos y me dispuse a disfrutar de los rayos del sol, mucho más dóciles a esas horas. Volví a una paz parecida a la de momentos antes, aunque ya sin esa entrega tan descarada. Me mantenía en el lado de los humanos, aceptando la superioridad del mar que tenía enfrente.

De repente volví a mí misma.

—¿Laura?

Levanté la mirada hacia esa voz que no conocía para volver a escuchar mi nombre.

—¿Laura Gálvez?, ¿no me conoces? —insistió—. Soy Pablo, Pablo Melero.

Al momento me di cuenta de quien era, no por su cara, que no era como la que tenía grabada en mis recuerdos y que tenía presente siempre que me venía a la memoria algún baje de mi adolescencia. Fue tan solo por escuchar ese nombre unido a ese apellido, Pablo Melero. En ese momento explotaron en mi cabeza miles de recuerdos, todos acudiendo juntos enredados entre esos sonidos. Cómo no iba a recordar a Pablo Melero, el guapo de clase, el chico por el que todas suspirábamos cuando cursábamos octavo en el colegio y que se lió al menos con dos de mis compañeras sin que prestara

nunca el más mínimo interés por la Plana de Laura. O por lo menos así lo había vivido yo.

— ¿Pablo?, ¿el de clase? — titubeé.

Nada más acabar este reconocimiento nuestras mejillas se besaron, a los dos lados. Me puse algo nerviosa, lo noté al no reconocer el tono de voz con el que le hablaba, aunque creo que no lo suficiente para que él pudiera percatarse. Dejé un hueco en la esterilla y le ofrecí asiento. Empezamos a preguntarnos por los compañeros en común. Él no aportó nada, ya había perdido todo contacto con los protagonistas de nuestro pasado. Yo le dije que seguía viendo a Sonia, a quien él recordaba con claridad. No hubo tiempos muertos. Hilvanábamos nuestras evocaciones con la vida de ahora. No le recordada tan locuaz, aunque seguía igual de encantador. Tampoco había perdido el atractivo. Los años habían dejado en su cara un aire intolerablemente interesante. Es de las cosas que más me joden, lo machista que es el tiempo, por lo menos con algunos chicos. El resto del cuerpo no desentonaba con su rostro, aunque creo que me di cuenta sin fijarme demasiado. Él no fue más descarado y me aduló con lo bien que parecía cuidarme la vida. Si supiera cómo se me va sin que me entere. Por supuesto no le dije nada, ni de esto ni de lo guapo que se mantenía.

El reloj seguía su curso sin que apenas me diera cuenta. Yo no soy capaz de mantener una conversación escasamente íntima si no es con alguien muy cercano, así que me escuché sorprendida al ver como brotaban de mi boca esas hileras de sentimientos que le provocaban risas y expectación. Y mi cara parecía su espejo. Estaba de suerte.

Sonó el móvil. Al principio intenté no hacer caso, pero su chillido, que nunca me había parecido tan desagradable, logró distraer a Pablo, invitándome a cogerlo. No era capaz de encontrar el teléfono dentro del desorden del bolso, y el cachivache parecía darse cuenta, porque sus gritos iban en aumento.

Por fin lo cacé e intenté callarle, pero no fui lo suficientemente ágil como para dar con la tecla adecuada.

Apagué el despertador tirándolo sin querer al suelo. No me pareció mal el castigo. Las siete menos cuarto.

– Mierda – me dije, y lo repetí dos veces más, como si así consiguiera ahogar la mala leche que me inundó.

Estaba empapada en calor, sobre todo en la nuca, pero a mi derecha la cama estaba fría.

La realidad hizo que me cayeran algunas lágrimas que se entrelazaban con el chorro de agua tibia que bajaba de mi ducha. Su sabor salado no hizo sino empeorar las cosas. Como siempre, iba a toda prisa para no llegar tarde al trabajo. No contaba con tiempo si hubiera tenido ganas de recrearme en mi tristeza.

Terminé de secarme al mojar mis labios en un vaso de café frío que bebí sin apenas interés. Cerré la puerta dejando dentro no sólo mis sueños, sino también la cama en la que esa noche tampoco me había abrazado Sergio.

2

*B*ajé las escaleras de la clase con el diente en la mano. Apretaba tan fuerte el puño para que no se me perdiera que la mano empezaba a blanquearse. Tras cuatro días de espera por fin obtenía mi recompensa. Lo que además no esperaba era que los abuelos fueran a buscarme. Al verlos entre tanta madre, en medio del bullicio, me tiré a sus cuellos para besarlos. El abuelo, como siempre cariñoso, pero parco en palabras. Tampoco era necesario decirnos nada. La abuela me aplastó contra su cuello para obsequiarme con sus besos de pez sonoros que nunca bajaban de tres, momento que siempre aprovechaba para pellizcarme el culo. Yo, que lo esperaba, intentaba ponerlo duro, repitiendo así el ritual de nuestros encuentros. La protección de un perfume a rosa fuerte quedaba como secuela en mi cara.

—Lara, bonita, recógete un poco el pelo.

—No sabía que ibais a venir a buscarnos.

—Ni nosotros, pero tu abuelo en un acto de generosidad se ha dignado a traerme en coche, y aquí estamos. ¿Y tus hermanos?

—Salen ahora, son unos pesados. Se me ha caído un diente —les dije enseñándolo como un tesoro muy delicado.

Ellos me contestaron con un gesto de exclamación que me creí a pie juntillas.

Al momento llegaron Nacho y Lucía, volviendo a producirse la escena en la que previamente había sido yo la protagonista.

Antes de salir del cole ya estábamos comiéndonos el bollo que nos traían, esos bollos que venían con un cromopegatina que luego cambiábamos entre nosotros, peleando el trueque como si en ello nos fuera la vida. Esa merienda no tenía que ver nada con la manzana que habitualmente nos traía mamá, y que cuando se descuidaba, tirábamos entre las aceras, no sin miedo por hacer algo que bien sabíamos era pecado.

Al llegar a casa enseñé el diente a mamá. Me lo confiscó, envolviéndolo en algodón con el pretexto de no perderlo.

— Pues esto, Lara, sí que no se lo esperaba el Sr. Pérez. Este ratón tendrá que buscar algo. A ver qué encuentra. — Mi cara respondió dibujando expectación, la expectación que ponen las niñas que tienen ocho años.

Tras discutir para que los deberes esperaran, negociación que siempre estaba perdida, nos sentamos en la mesa camilla para acabarlos cuanto antes y poder estar con los abuelos. Nacho era el que primero los finalizaba, posiblemente porque no llegaba nunca a empezarlos. Lo peor es que mamá se lo consentía. Lucía y yo acabábamos al tiempo, y eso que ella, como era mayor, tenía más que nosotros. Ya de pequeña se le veía más despierta.

Cuando llegamos a la cocina mamá dejó de discutir con los abuelos, que no tardaron en despedirse, como si de repente hubieran olvidado algo urgente. Nos besamos, nos dieron una moneda y se fueron. Esa visita supo a poco, tan poco como el tiempo que tarda en derretirse un onza de chocolate en la boca, que lejos de saciarte te impulsa de nuevo a buscar a otra, casi con más ganas que la primera.

Mamá volvió a vestir esa cara, mezcla de tristeza y perro, que luego se ha convertido en constante durante toda su vida.

En la cena tuvimos que acabar todo el plato de acelgas, no sin antes recordarnos a los niños tristes africanos con barriga que a veces veíamos en la televisión de grises y que nunca